



Pedro García

VILLENA, 1 Mayo 1908

Núm. 33

LA LUZ DEL PORVENIR

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA
ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
LA CARIDAD

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Villena, un trimestre . . . 0'30 pesetas
Fuera 0'45 »
Número suelto 0'05 »

ADMINISTRACIÓN

Calle de San Cristóbal número 12

PAGO ADELANTADO

EL ESPIRITISMO Y LOS OBREROS

¡ESCUCHAD CIUDADANOS!

Para vosotros los eternos luchadores, los desheredados de la fortuna material, los parias del siglo XX que lloran la injusticia de un estado social desequilibrado y egoísta; para vosotros van dedicadas nuestras sinceras frases de amor y de consuelo.

Hoy que vuestras almas atormentadas vibran todas al unísono, celebrando con santo regocijo la memorable Fiesta del Trabajo por medio de actos solemnes de resonancia universal; hoy que dedicáis vuestras horas á la racional meditación de vuestra actual situación y del mejoramiento progresivo de la clase social á que ahora pertenecéis; en tan grandiosos instantes, queremos nosotros llamar vuestra atención para lograr comunicaros algo que mucho os interesa.

En la exaltada inconsciencia de vuestro entusiasmo; en medio de las frases de rencor é indignación que muchos de vosotros dirigis en estas ocasiones á la odiada clase social que explota vuestras energías, aprovechando las ventajas que le ofrece la desquiciada organización de nuestro tiempo, no estará de más que depongais un tanto vuestra legítima indignación, para escuchar con tranquila imparcialidad los desinteresados consejos que os brinda la ciencia espiritista.

Este ideal sublime y admirable, que muchos desprecian por no haber saboreado sus bellezas ó por haberlo contemplado tras el innoble prisma de la falsificación intencionada de los enemigos de la verdad, explica los problemas de la vida y por consiguiente, la

llamada cuestión social, del modo más concluyente y racional que puede hacerse en nuestros días.

De seguro que no hallaréis en el campo del Espiritismo las halagadoras promesas que os harán desde la tribuna los oradores socialistas, entre aplausos y mueras ensordecedores. Claro está que nuestra hermosa doctrina jamás se preocupa directamente del aumento de jornales ni de la disminución de las horas de trabajo. Pero en cambio os ofrece graciosamente lo que más vale en este mundo para los seres racionales: La seguridad del motivo de su destino, la explicación satisfactoria del porqué de la vida y de la muerte; la tranquilidad de la conciencia, el consuelo en los momentos de angustia y el medio más práctico y seguro de obtener, en plazo más ó menos breve, la ansiada regeneración.

La táctica que el Espiritismo recomienda á los proletarios de todos los países es pausada, lenta y tranquila. No excita las pasiones ni conduce á los hombres á la violencia; pero es más humana, más lógica y de resultados mucho más positivos que la de las restantes doctrinas políticas ó sociales que se disputan el dominio de las multitudes.

Partiendo de la base que todos podemos admitir, después de haberla demostrado experimentalmente, de que el alma sobrevive á la muerte y tiene por tanto, muchas existencias, de nada puede servir la impaciencia de los anarquistas por conseguir en unos cuantos años lo que por leyes naturales debe realizarse en mayor lapso de tiempo. Así es que el Espiritismo, sin recomendar la pasiva y servil resignación de las religiones burguesas, aconseja una paciencia lógica y prudente para la consecución de la igualdad social.

Reconociendo que el espíritu, es decir, la individualidad que persiste á través de toda clase de cambios y transformaciones, es como un foco potencial y consciente de facultades que, ni tiene sexo definitivo, ni es de condición privilegiada; no puede admitirse en buena lógica que el potentado sea superior al bracero ni viceversa; pues todos somos idénticamente iguales y sólo llevamos en nuestra personalidad, como signo de verdadera distinción, el progreso intelectual ó moral que hayamos adquirido desarrollando aquéllas facultades en las diversas etapas de la vida imperecedera. Por eso mismo, todos somos hermanos de destino y no hay derecho alguno para odiarse y atacarse mútua y bárbaramente, sino que existe el ineludible deber de armonizar las fuerzas, poniendo en práctica la fraternidad bien entendida.

Admitiendo el Espiritismo que toda situación feliz ó desgraciada es transitoria y que la existencia presente es consecuencia de la anterior y antecedente necesario de la que habrá de venir; el hombre jamás tiene motivos suficientes para maldecir su suerte actual, sino para lamentar sus pasados desaciertos y aprestarse á

modificar su conducta para lo sucesivo.

En este sentido, podremos asegurar que la organización social en que vivimos, no sólo no es obra divina, como algunos quieren suponer, sino que es hechura de hombres de carne y hueso tan imperfectos como nosotros. ¿Cómo que nuestros propios espíritus, viviendo en pasadas generaciones, fueron los mismos que, llevados de su injusticia y su egoísmo, establecieron las leyes que hoy sufrimos como consecuencia fatal de nuestras obras! De otro modo, ¿cómo explicarse la solidaridad de las generaciones y la injusta anomalía de que los hombres de una época tuvieran que pagar los vidrios rotos de sus legítimos antecesores?

Véase, pues, si es posible pedir mayor equidad en las leyes divinas; si se puede presentar una explicación más satisfactoria y convincente del problema social y del destino humano.

De aquí se desprende una consecuencia de sumo interés para todos: Si cuanto existe en el orden social es obra nuestra; si el estado presente de la humanidad es tan pasajero como lo fueron los de los pueblos de la antigüedad; si lo que debe hacerse es transformar por todos los medios posibles las legislaciones de todos los países; habrá que reconocer que el porvenir está en manos de los hombres y que lleva razón el sabio Engels al decir que «la redención de los trabajadores, es obra de los trabajadores mismos.»

Nosotros, ampliando el concepto, y huyendo del exclusivismo que rechaza la verdadera democracia del Cristianismo, decimos más todavía: La regeneración de la humanidad entera ha de ser obra de los mismos hombres. Y al admitir en la práctica semejante afirmación, debemos trabajar en todos sentidos para educar á las muchedumbres, con el fin de que desaparezca de hecho la irritante división en castas que todavía existe en nuestras costumbres.

Esto es, en breve síntesis, lo que el Espiritismo afirma con respecto á la cuestión obrera.

Estudiad vosotros los trabajadores una parte tan solo de su vastísima filosofía; observad con cuidado y sin prejuicios los experimentos que comprueban la realidad de la existencia del alma después de la muerte. Y con ello, conseguiréis ver, tan clara y prácticamente como nosotros vemos, que el destino humano consiste en la purificación del espíritu por el trabajo y en la fraternidad de los hombres bajo la ley del Amor; que tanto preside en el mundo físico, con el nombre de gravitación, como en el moral, bajo el apelativo de solidaridad social.



¡MALA SOMBRA!

I

De Puerto Rico, recibí hace pocos días una carta de la escritora espiritista Agustina Guffain que me decía lo siguiente: «Mi querida Amalia; te escribo estas líneas para enviarte un suelto del horrible suceso ocurrido en Carolina (Puerto Rico); investiga con el gufo de tus trabajos á que obedece esa desgracia.»

El suelto dice así:

Horrible suceso en Carolina

Ayer tarde ocurrió en Carolina un espantoso suceso, que ha producido allí gran consternación.

La muy estimada familia de D. Rafael Mézquida fué á merendar cerca del «Charco de Maeso.»

Estando allí, cuando mayor era la alegría que reinaba entre todos, en aquellos instantes de esparcimiento y solaz, ocurrióle á uno de los niños, Rafael, de 8 años de edad, irse á bañar junto á una charca, de unos 8 metros de hondo.

Toda la familia, llena de terror, pudo observar, á los pocos momentos, que el niño se iba al fondo, por lo que se arrojaron todos al agua, con el propósito de salvarle.

Infructuosa fué la valentía. El hijo de D. Rafael se ahogó, lo mismo que su hija Ana, de 15 años de edad, que se arrojó también á la charca, á fin de salvar á su hermano.

Todos hubieran muerto, á no ser por el heroísmo de D. Felipe Sanchez y D. Alfredo Molina que, despreciando sus vidas, se lanzaron al agua. A ellos deben sus existencias el atribulado padre, D. Rafael y su hija Margarita.

La noticia de la catástrofe se propagó por el pueblo con la velocidad del rayo.

Don Ramón Soler, jefe de las oficinas de las obras del Puente, encontró, después de grandes esfuerzos, á las 11 de la noche, el cadáver de Ana.

Al llegar este á la casa de la familia, fué tan imponente la manifestación de duelo, que el piso de la casa fué hundido en parte, sufriendo desperfectos de alguna consideración.

El cadáver de Rafael no ha aparecido todavía.

Acompañamos al Sr. Mézquida, que tantas pruebas de afecto ha recibido, en su enorme dolor.

La narración no puede ser mas conmovedora, así es, que no

titubeé un momento en preguntar á mis amigos del espacio el porqué de tan doloroso acontecimiento, obteniendo la siguiente comunicación.

II

«¡Qué mala cosecha recogen los que abonan la tierra con la sangre de sus víctimas!...

Ya pueden los criminales llevar á efecto sus inicuas acciones lejos de las grandes ciudades, donde miradas indiscretas no sorprenden sus actos, hay unos *ojos* que todo lo vén, hay unos *oidos* que todo lo oyen, hay un *centinela* que nunca se duerme y vigila todos nuestros pasos, y nos sigue sin cansarse jamás. Ya podemos subir á la cumbre mas alta, ya podemos descender al abismo mas hondo, ya le podemos pedir á el águila sus alas para escondernos entre las nubes, todo es inutil, nuestro juez nos sigue á todas partes, y una voz que no se parece á ninguna le dice al asesino: ¡homicida! ¡homicida!.. ¡homicida!.. y al parecer sin formación de causa se cumple la sentencia merecida, y eso ha sucedido ultimamente á ese niño y á esa jovencita que hoy aparecian inocentes á pesar de ser dos grandes culpables.»

«El niño, en su encarnación anterior, era un potentado, en sus dominios no se ponía el sol, y su menor capricho se respetaba como una ley suprema, enlazado con una princesa que había nacido al pié de un trono, le guardaba á su esposa muchas consideraciones por su regia estirpe, por su fabuloso patrimonio, pero... no la amaba. Ella le había dado muchos hijos, tenían todos los lazos que unen al hombre y á la mujer en la tierra, pero el vivía sin una ilusión, hasta que un día encontró á una mujer casi una niña que al mirarse los dos, ella cerró los ojos deslumbrada y el lanzó un grito de admiración, sintiendo lo que nunca había sentido, la joven era de clase humilde, muy humilde, sus padres eran pobres, muy pobres, y él, sin decirles quien era hizo un convenio con ellos, los instaló en una casa de campo situada á la orilla de un caudaloso rio, les aseguró un bienestar para toda su vida y estrechó en sus brazos á aquella niña encantadora que le decia con sus ojos. ¡Yo te amo!... ¡yo te amo! El guardando todas las precauciones necesarias, pasaba al lado de su amada muchas horas, evitando siempre que su esposa pudiera sospechar que su esposo le era infiel por que hombre práctico en la vida, no queria disturbios domesticos ni perder la autoridad moral que tenia sobre sus hijos, era esclavo de las conveniencias sociales, así es que cuando su amada le anunció que iba á ser madre, le dijo. Yo me encargaré de nuestro hijo, y cuando ella dió á luz un hermoso niño, le cogió él en sus brazos se fué lejos de la casa, lo estranguló y lo arrojó al rio donde la corriente lo llevó al mar. La joven madre bien le preguntó por su hijo, pero él tenia tal ascendiente sobre ella, que al

decirle él que para la continuación de sus amores, tenían que inmolar á cuantos seres vinieran por su mediación á este mundo para evitar gravísimas complicaciones con su poderosa familia, pues seguro como él estaba del inmenso amor que ella sentía por él, le confió todos sus secretos, y como ella ya le amaba hacia muchos siglos, encontraba justo todo lo que él hacía por que para ella no había otro ser en el mundo mas que él, era su esclava, le obedecía ciegamente en todo, y murió amándole con verdadera locura, volvieron á la tierra en su última existencia con el firme propósito de comenzar á saldar sus cuentas, por eso el niño desapareció en la charca, y su hermana se fué tras él, porque era el mismo espíritu que con él cometió los asesinatos de sus hijos, y sus padres de hoy fueron los padres de ella, de ayer, que todos á una ayudaron al crimen, ella por locura de amor, ellos por el miserable egoísmo de no perder su bienestar. ¡Cuántas historias verdad!... ¡Cuántos crímenes!... en la tierra el oro borra las huellas de los asesinos, y llegan á morir rodeados de honores los mas criminales, pero allá, en el espacio, el oro vale menos que un montón de ceniza, á cada cosa se le da su verdadero valor, no quitan importancia al crimen las consideraciones sociales, ni los móviles justifican los hechos, la verdad se presenta completamente desnuda, y lo que os parece monstruoso y horrible es sencillamente el saldo de una cuenta.

Adios.

III

¡Qué saldos tan dolorosos!... ¡qué cuentas tan espantosas!... ¡qué horrible es el pasado de la mayoría de los terrenales! porque continuamente hay hecatombes que difunden el luto y el espanto. Cuán bien dice el espíritu del Padre German, ¡Qué bueno es ser bueno!... ¡qué malo es ser malo!...

Amalia Domingo Soler

Á LOS ESPIRITISTAS QUE SUFREN MUCHO

El título de este trabajo no es mio. Es de nuestro querido Miguel Vives de quien lo tomo para tratar de consolar como él lo hacía á los de nuestros hermanos en creencias que se ven acosados por las amarguras de la presente existencia. Lejos de mi el pensamiento de imitar á Miguel. ¡Cuántos siglos de siglos han de

pasar sobre mí para que me aproxime por la inteligencia y por el sentimiento á aquel grandioso corazón que es todo amor!

* * *

La vida terrestre es, la mayor parte de las veces, un continuo tormento para el alma humana. Lágrimas amargas producidas por tremendos desengaños, son el lote de todos en la tierra. Desilusiones, luchas, trabajos, sinsabores. Hé aquí lo que encuentra en ella el espíritu.

Para no dejarse arrastrar por esa corriente que puede llevarlo á la protesta y á la rebeldía, el hombre debe reconocerse á sí mismo y estudiar su presente existencia, pues es casi seguro que en ella encontrará la explicación de sus acerbos sufrimientos. Examine cada cual su conducta, su modo de sér, su estado de progreso intelectual y moral y en fin las mil circunstancias que forman el fondo de su sér psíquico, ó sea su voluntad y verá como encuentra la causa en sí mismo, en sus errores, en su ignorancia, en sus defectos, en sus desaciertos, de todos los dolores de su vida.

El sér (dichosísimo por cierto), que procediendo así, al reconocimiento de su estado moral, no encuentra en esta existencia, en sí, las causas de sus sufrimientos actuales, debe acudir al pasado, al ayer, que es aun muy sombrío para nosotros, allí verá justificados sus sinsabores por amargos que sean.

En las anteriores existencias sembró él como nosotros, lágrimas en los surcos de la vida, espinas y abrojos en el camino de los demás. ¿Qué de extraño hay que encontremos ahora fructificada la semilla que hemos sembrado?

Por eso, el espiritista que mucho sufre debe estudiar su propio sér, seguro de que encontrará allí la causa, la culpa de casi todos sus sufrimientos. El Universo tiene por bases incommovibles é inmutables la justicia y el amor. No puede disfrutar el sér espiritual de las delicias del segundo sin haber satisfecho á la primera. Esto es lo que no debemos olvidar nunca. Tengamos siempre presente que somos hijos de nuestra propias obras y que cada uno recibe lo que equitativamente ha merecido. No existe la injusticia en el destino humano; suponerlo así solamente, es destruir á Dios. Toda situación por tremenda y amarga que sea es justa, siendo el efecto ó sea el sufrimiento, consecuencia natural y lógica de la causa ó sea de las acciones anteriores del espíritu.

Ya sabemos todos que esto es verdad.

El amor de nuestros semejantes es el premio del alma que ha satisfecho á la ley principal de la creación, ó sea á la justicia. Trabajemos pues con ardor para pagar nuestras deudas, procurando no adquirir nuevos dóbitos con el presente. El dolor es el agente purificador del alma por excelencia, con su acción va extirpando de nuestro sér los defectos, los vicios, las impurezas y por

consecuencia las moléculas groseras de nuestro periespíritu que lo hacen denso, pesado, incapaz de remontarse á las regiones elevadas despues de la desencarnación.

Constándonos que es así, recibamos el sufrimiento como un huésped necesario, sin protestar. Resignados y conformes ante nuestro destino que sabemos que es justo, que sabemos que no es obra de Dios, sino nuestra, aceptémoslo todo con valor: luchas, trabajos, tribulaciones, y no olvidemos en nuestros momentos de amargura que existen en el espacio seres amorosos de luz y de verdad, que acudirán á nosotros á darnos aliento y ánimo para vencer en nuestras luchas si les llamamos como deben ser llamados, si ven que aceptamos los reveses y contratiempos de la vida con humildad, con resignación, con serenidad y con amor.

Acostumbrémonos á no achacar á Dios la culpa de los males que padece nuestra humanidad. No olvidemos nunca que El es el bien mismo y que no puede arrojar á nuestro paso ni siquiera un átomo de mal. El mal, así como lo entendemos nosotros, es decir el sufrimiento, (puesto que el mal no existe), es obra nuestra, exclusivamente nuestra. Remontémonos de los efectos á las causas por el estudio de nosotros mismos y lo reconoceremos así.

Bendigamos pues al Hacedor supremo, nosotros que mucho sufrimos, reconociendo que es la Ley de justicia que se cumple en nosotros y ya que la creación entera está regida también por leyes de constante amor, procuremos ponernos al amparo de esas últimas para recibir de lo alto los efluvios de valor y de fortaleza que necesitamos para no desmayar en las pruebas.

Hay situaciones en la vida que son difícilísimas, muy amargas, pero, por terrible que sea el presente, penetrados y convencidos de que es justo, de que es el efecto natural de nuestro ayer, y no solamente de que es justo sino de que es necesario para nuestro progreso, aceptémoslo todo con calma, con resignación, con paciencia.

El premio de nuestra conformidad á la ley de justicia lo será el amor que descenderá sobre nosotros de mil y mil maneras para ayudarnos á salir vencedores en nuestro empeñado combate de propia regeneración y de progreso.

Dios es Justicia. Cúmplase en nosotros la ley equitativa que dá á cada uno lo que ha merecido; pero, Dios es Amor también. Refugiémonos en su paternal regazo nosotros los que mucho sufrimos, pues saldremos consolados y fortalecidos para subir la cuesta de nuestro calvario sin murmurar y bendiciendo

U. F.

